

ADRIANA GARCÍA ROEL La gran dama de la literatura regia

TRAS MAS DE 40 AÑOS DE SILENCIO LITERARIO, ESTA PIONERA DE LA LITERATURA

FEMENINA EN EL ESTADO TIENE AUN DOS SUEÑOS POR REALIZAR: VER PUBLICADA

SU ULTIMA NOVELA Y ESTAR AL LADO DE SU MARIDO HASTA EL FINAL

Por **CESAR CEPEDA**

Ella está ahí, satisfecha, erguida en el umbral de una sala desordenada, llena de nostalgia y bellos recuerdos. Sus ojos son una mancha color verde en un rostro dulce y agradable, cubierto por una hermosa y bien cuidada cabellera blanca.

“Han de perdonar el tiradero”, se disculpa en tono amable y suave, “pero desde hace mucho tiempo que no recibo visitas”.

El andar de Adriana García Roel es sigiloso, comparable al de una mariposa. Camina con esfuerzos, sí, pequeños pasos, tristes pasos, pasos lentos, como si llevara una pesada carga a sus espaldas en su recorrido por el viacrucis de la vida.

El bastón de tres puntas con el que se ayuda para caminar, extrañamente no hace ruido. Lleva puesta una camisa blanca de hombre con tenues rayas verticales azules, muy grande para su cuerpecito. La prenda seguramente le pertenece a su compañero Julio, su amado de siempre, que en otra habitación, a unos metros de esta sala desordenada, agoniza después de dos derrames cerebrales en menos de dos años.

“No lo dejo nunca, porque existe el peligro de que le suba la presión y vuelva a sufrir otro derrame, que sería el último... Así me lo ha dicho el doctor y no me quiero separar de él ni un minuto”.

Ella no oculta la zozobra que le provoca esta situación, que ha destrozado su corazón y su escasa vida social, pero aquí está, intacta y fuerte en su temple.

La verdad es que su lucidez y perfecta memoria provocan dudas sobre su verdadera edad. El 4 de junio próximo, la gran dama de la literatura femenina en Nuevo León, cumplirá 83 años.

“Adriana García Roel, junto con Irma Sabina Sepúlveda, es la pionera del movimiento literario de mujeres nuevoleonenses de este siglo, además única ganadora de uno de los premios más importantes de su época como lo fue el Lanz Duret”, comenta Carlos Arredondo, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras y amigo personal de la escritora.

Sí, quizás esté fatigada doña Adriana, algo cansada por el camino recorrido en estos años, pero está muy claro que nunca se rendirá hasta no cumplir sus últimos dos deseos en esta vida.

“Yo lo único que le pido a Dios son dos cosas: vivir un día más que mi esposo Julio, para relar por él y acompañarlo en ese momento, y alcanzar a publicar mi última novela... ‘Lucía, la de Tlalpan’, que ya he terminado por fin”.

ENTRE PINOCHO Y EL QUIJOTE

Siendo muy pequeña, Adriana veía disfrutar a su padre, Mario A. García, jefe de despachadores de la antigua Estación del Golfo, la lectura de “El Quijote”, su libro de cabecera.

“Los hijos somos como changuitos, imitamos lo que hacen los padres”.

Adriana leyó “El Quijote” siendo muy niña y se enamoró de la obra de Cervantes, y en general de la literatura, volviéndose adicta al vicio de la lectura.

“Los libros siempre han sido mi pasión. En Navidad, pedía libros y mi padre me los regalaba. En mi casa siempre hubo libros”.

A los 9 años, ya dejaba ver su incipiente vocación al editar su propio periódico familiar. Se llamaba “Pinocho”, y era un pequeño semanario casero que recogía diversas noticias, adivinanzas, juegos, en fin, una copia de otro que ella había visto en algún lugar, y lo hacía circular entre los integrantes de su familia.

“Tenía 9 años, por lo que se perdona el plagio”, se excusa, “lo que pasa es que yo nací con este veneno, porque la literatura es un veneno que uno trae adentro”.

Adriana creció dentro de una familia intelectual. Su tío fue el historiador Santiago Roel. Ella es la mayor de cinco hijos. Todos sus hermanos terminaron carreras profesionales. Fernando fue el primer rector del Tecnológico de Monterrey; Ricardo, ya fallecido, cursó la carrera de medicina. Mario, la de abogacía, y Alonso, es un reconocido médico oftalmólogo que ya está retirado.

“Mi padre fue una persona muy inteligente, al igual que mi madre María, que no nos marcaba el sendero, pero sí nos ayudaba mucho, como debe de ser. Ahorita ya todos estamos retirados, somos muy viejos, ya deberíamos de estar en otro mundo, pero nos hemos propuesto



Foto: EL NORTE / Claudia Susana Flores

quedarnos en éste un rato más”.

Adriana solamente cursó estudios de primaria y preparatoria en el Colegio Americano de Monterrey, mientras que la secundaria la realizó en el Instituto Laurens, pero después tomó diplomados especializados de literatura en la UNAM, incluyendo uno sobre “El Quijote”, su obra inicial.

“Modestia aparte siempre fui buena estudiante, porque me gustaba, no sentía obligación de hacerlo como mucha gente lo veía”.

UNA SORPRESA EN EL LANZ DURET

Al principio le daba vergüenza que alguien se enterara de que escribía, por eso sus cuentos y ensayos iniciales que se publicaban ya en medios como Revista de Revistas, El Día, Continental, los firmaba con los seudónimos “Nadie” o “Nada”.

Hasta que un editor, por descuido, le firmó una vez con su nombre un cuento en Revista de Revistas, en su casa lo leyeron y se convirtió en el tema de la semana.

“A mi padre le dio mucho gusto, pero me dijo que había escogido las carreras en las que con más seguridad alguien se muere de hambre en México: maestra y ahora escritora”.

Ella se dedicaba ya a dar clases de inglés en Monterrey.

No fue sino hasta 1942, cuando Adriana García Roel logró un reconocimiento a su obra, “El Hombre de Barro”, al ganar el prestigioso Premio Lanz Duret, convocado por el periódico El Universal y uno de los más importantes de la época.

En ese tiempo, su hermano Fernando García Roel cursaba el cuarto año en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas de la UNAM y desde ahí se enteró del éxito de Adriana.

“Mis compañeros de carrera me preguntaban si era pariente mía. En Navidad de ese año, cuando vine de vacaciones a Monterrey, constaté el orgullo de toda mi familia por Adriana, principalmente el de nuestro padre”, recuerda Fernando.

“La verdad ignoro porqué dejó de publicar otras obras después de ‘Apuntes Ribereños’. Eso lo lamenté siempre”.

El jurado del concurso, compuesto por Gregorio López y Fuentes, Carlos González Peña, Francisco García Izcalbaceta y Jorge Ferrer, premió con mil pesos y un pergamino a la novela de Adriana.

“No necesito hacerme solidario otra vez de los méritos de ‘El Hombre de Barro’, si ya he dicho que mi voto fue para esta novela. Con lo que si desearía solidarizarme, es con la seguridad de que la autora seguirá haciendo oír su voz representativa desde la escena de sus personajes, tan humanos que a pesar de la evolución de las especies, parecen hechos con el barro coetáneo de los siete creadores”, escribió López y Fuentes en el epígrafe del libro.

Se trata de una novela donde la autora recrea la vida campirana del Nuevo León de entonces, particularmente la de Montemorelos, donde estaba la casa de campo del padre de Adriana.

El mayor acierto de la novela está en la recreación del lenguaje y en el rescate que hace de la memoria colectiva.

El crítico y académico en letras, Alfonso Rangel Guerra, sostiene que “El Hombre de Barro” asume, como ha ocurrido con tantas obras literarias, y particularmente la novela, la función de ser testimonio histórico y cultural de una determinada sociedad.

“Sin duda es una de las más importantes novelas mexicanas de su tiempo, pero como ocurre con tantas obras escritas en la provincia, ha sido ignorada en la historia de la literatura nacional”, agrega el especialista.

La novela fue editada, en primera instancia, por El Universal en un folletín. Luego la editorial Porrúa sacó una edición muy bien cuidada, y finalmente, cinco años después, Ediciones Botas publicó la última edición que se conoce de esta obra.

Adriana asegura que no buscaba la gloria ni la fama al participar en el Premio Lanz Duret, logro que resultó finalmente un hecho sorpresivo y casi accidental.

“Fue una muchachada, estaba muy joven, tenía 26 años y la verdad es que nunca pensé que me lo iba a ganar, pero siempre he sido muy loca en mis resoluciones, entonces, le mandé el manuscrito a mi novio (hoy mi esposo que estudiaba en ese entonces en la Ciudad de México), para que lo llevara a

LETRAS DE MUJER

Junto al nombre de Irma Sabina Sepúlveda, la crítica coloca a la escritora Adriana García Roel (1916) como pionera del movimiento literario de este siglo en la narrativa nuevoleonense, que hoy encabezan narradoras importantes como Patricia Laurent Kullick, Dulce María González y Gabriela Riveros.

Ha cultivado novela, cuento, ensayo y el artículo periodístico. Sus trabajos se han publicado en periódicos y revistas como El Día, El Universal, Mañana de México, Hoy, Revista de Revistas, Continental e Impacto.

En 1942, obtuvo, gracias a su novela “El Hombre de Barro”, el Premio Miguel Lanz Duret, que convocaba en ese entonces el periódico capitalino El Universal. La obra se publicó al año siguiente en Porrúa y 13 años después, Ediciones Botas realizó una reedición.

“Apuntes Ribereños”, libro de relatos, escrito en 1955 durante un viaje de vacaciones a Tampico, significó su segundo y último libro publicado, para luego abandonar la escena de la narrativa nuevoleonense.

Eventualmente publicaba en Monterrey sus artículos en El Porvenir.

En 1988, el Gobierno del Estado de Nuevo León le hizo merecedora de la Medalla al Mérito Cívico Presea Estado de Nuevo León en el rubro de literatura. Hoy Adriana García Roel prepara su regreso a las letras locales con “Lucía, la de Tlalpan”, novela que ya está terminada y busca una editorial.

concurrir y a ver qué pasaba”.

El premio a la regiomontana levantó ámpula y le creó enemistades a nivel nacional. José Luis Martínez y Martha Robles arremetieron en contra de la obra, argumentando la ausencia de valores literarios en ella.

Se trata más bien de un reportaje que de una novela, escribió, ácidamente, Martínez.

Pero Adriana, alejada desde siempre de todo protagonismo, siempre guardó silencio y nunca entró en la polémica.

“Era rebajarme. Martha Robles también me puso como basura, pero tampoco le contesté, les tengo lástima”.

“La verdad es que fue una sorpresa muy grande. Nadie creía que el libro lo había escrito una mujer, quedaron espantados. Yo creo que si saben que soy mujer, y provinciana además, no me lo dan”.

EL REGRESO DE ADRIANA

Después de “Apuntes Ribereños”, su segundo y último libro que publicó en 1955 gracias a Sistemas y Servicios Técnicos de Monterrey, una serie de relatos que escribió durante sus vacaciones en Tampico, la escritora guardó un silencio literario poco entendible.

Irma Braña, coautora del Diccionario de Escritoras Nuevoleonenses, señala que el gran valor de García Roel es haber brillado en la literatura mexicana en una época donde la mujer estaba relegada únicamente a labores del hogar... y más las de provincia.

“Es una verdadera pena que haya enmudecido Adriana, nos quedamos con las ganas de más. Yo creo que ha sido una mujer muy auténtica, sencilla en su trato, y eso precisamente le impidió sobresalir o al menos recibir el reconocimiento a nivel nacional que se merece”.

Salvo sus artículos de prensa, que en Monterrey se publicaban en El Porvenir, nunca se supo más de la ganadora del Premio Lanz Duret hasta que en 1990 ganó la Medalla al Mérito Cívico que otorga el Gobierno del Estado en el rubro de artes.

“Nunca intenté hacer nada de novela de nuevo, porque pensaba que ya no lo podía hacer. Esto de escribir, para mí, es como un golpe que le viene a uno de pronto y lo hace. Además, estaba muy ocupada con mi esposo, que siempre ha estado antes que nada en mi vida”.

Por más de 40 años, Adriana no volvió a trabajar en una novela; no fue hasta julio de 1996, que comenzó a escribir la historia que ahora yace guardada en su habitación, buscando una editorial interesada que la publique.

“Lucía, la de Tlalpan”, es el título de la nueva novela de esta escritora, integrada por más de 40 capítulos, y que rompe, en palabras de ella, con todo lo que ha escrito hasta el momento.

“Es algo muy diferente a lo que he escrito. Es una novela muy moderna, pero a la vez muy realista”.

Se trata de la biografía de una muchacha, hija única de una familia conservadora, que a lo largo de su vida va teniendo una infinidad de amores.

La manufactura de la novela fue frenada a finales de 1997, cuando Julio R. De la Garza, su esposo desde hace más de 50 años, contador público de carrera, sufrió el primero de dos derrames cerebrales.

Hoy, la casa donde viven Adriana y Julio, en el centro del corazón de Monterrey, todos los días se vuelve un caos, donde conviven siete enfermeros e igual número de sirvientas y trabajadores generales.

“Nunca tuvimos hijos, pero haga de cuenta que tenemos muchos”.

Doña Adriana, antes que todo, está agradecida con la vida, porque le brindó la oportunidad de contar con unos padres buenos, cuatro hermanos trabajadores y exitosos, y un marido muy comprensivo, que siempre la apoyó en su gusto por las letras.

“Sinceramente no le veo muchas posibilidades a mi nueva novela, pero ojalá y me equivoque, estoy resuelta a publicarla aun con mi propio dinero, porque es lo que quiero hacer antes de morir, además de cuidar a mi esposo y estar con él siempre, hasta el final, que me muero de un día a otro, como morimos los viejos”.



CYAN

MAGENTA

YELLOW

BLACK

